Notas

FRANCISCO SEGOVIA

Guillermo Frese: la iglesia secreta

*Though this be madness, yet
there is method in it.*

W. Shakespeare

1

SIEMPRE QUE UNA religión se siente amenazada vuelve a las catacumbas, al discriminado rigor de las iniciaciones, al humus oscuro del misterio y la comunión. Abandona la usada luz de los mortales para preservar intacta la semilla de su revelación; elige el sacrificio secreto, el sacramento hurtado a la igualdad de los hombres: se esconde. Debajo del agua con que nombra pide silencio. Sobre el cadalso popular de las condenaciones aconseja lo que el criminal que admiró Bataille: “¡No confeséis nunca!”

Lo que en una religión perseguida aspira a la eternidad es la revelación, no la parroquia en que hinca su defensa. Por eso renuncia a su propia fertilidad —no a la fertilidad de su verdad— o la pospone: las iglesias secretas no predicán, no diseminan. Lo contrario es su tarea: cierran puertas y ventanas para preservar.

Las doctrinas perseguidas no quieren para sí mismas la eternidad que se cumple en la verdad que defienden. Para ellas está hecha, no la eternidad sino la permanencia en el tiempo. A ella se aferran, por ella se recogen, se vuelven sobre sí mismas, como las esporas; por ella se endurecen, se petrifican, como las ruinas.

Atrancaré puertas y ventanas
para que el viento
acallaré gota a gota mi nostalgia
para que el tiempo
puertas y ventanas no me arrebaten tu recuerdo.*

* Guillermo Frese, *Estados de coma* (poemas), de próxima publicación.

2

Semilla envenenada de tiempo

semilla entre manos de cal, las iglesias secretas se vuelven sobre sí mismas para durar y permanecer: su vocación es la resistencia. Defienden su vida haciéndola precaria, suspendiéndola en un tiempo inerte y sin alumbramientos, en un espacio improfanable, incomprensible en la claridad de las plazas públicas. Las catacumbas, y una lengua pronunciada en la cripta indescifrable del misterio, las defienden de todo lo que es intemperie: el aire, la luz, el tiempo. Profesan el arte de pasar inadvertidas, el de convertirse en vida latente.

Lo que una iglesia secreta hace para la persistencia no lo hace para la eternidad: lo hace para la duración del mundo. Y lo defiende aun contra el mundo.

Vacía una vez el alma
de todo contenido de palabra
la obscenidad incide en el corazón.
Desde ese día no le hablo a todos
no enamoro a nadie.

Ajeno al ritmo equívoco del mundo.

Te busco porque he olvidado
el juramento de fraternidad con el mundo.

3

Cualquier intimidad amenazada busca la petrificación del tiempo, la persistencia inalterada de los mandamientos en que defiende su verdad, la duración palpable y material de la forma: se obliga a la puntual observancia de los ritos. El rigor de sus leyes y sus dogmas es un método de conservación, un procedimiento para ordenar la resistencia y salvar su misterio de la corrupción. Esconde en la forma sus misterios.

En una situación extrema, cualquier intimidad religiosa, poética, amorosa, se refugia en los formalismos, en la afectación más que en la afección, en los ritos, en los comportamientos ordenados. Tal vez porque es claro que nadie buscaría en ellos el movimiento de lo perezoso, como no lo busca en las ruinas ni en las esporas (sospecha que no encontrará en ellos el *trance* de muerte sino la vida que todavía resiste o sus despojos; nunca el tránsito entre ambos).

Qué gesto es capaz de asumir la vida.

...el posible orden de tus pasiones.

4

Las ruinas y los rituales son tiempo palpable: estados absolutos, no momentos; "estados de coma", más acá o más allá del orden temporal que lleva de una a otra cosa. Por eso no conciben promesas —que comprometen siempre un despliegue temporal— o las conciben sólo contra el tiempo que profanamente fluye.

Los rituales y las ruinas nunca vislumbran su desaparición. Y, sin embargo, la eternidad no les pertenece como cualidad. Es la persistencia empecinada, y no una gracia sobrenatural, lo que les da ese sabor de eternidad dudosa: quieren hacer eterna su duración sin hacerse eternos ellos mismos.

El tiempo
el tiempo que todo lo borra.

Ya no discurro una razón de eternidad
para nuestros labios.

5

Las ruinas son huellas petrificadas, rastros, cicatrices. Su materialidad, sin embargo, nunca pertenece del todo al tiempo de la naturaleza; tampoco al del los hombres. Pero, aunque están hechas de tiempo neutro, las habita un sentido ancestral.

Las ruinas no despiertan en nosotros la violencia de los cadáveres —acaso porque no se descomponen—, pero, como ellos, se encuentran sólo en la frontera entre lo humano y lo natural. Son un puente entre la inmanencia material y la trascendencia espiritual. Tal vez por eso despiertan en los hombres una antigua nostalgia: son elemento puro erigido en forma, materia inspirada, como el barro con que fueron creados los hombres primordiales (Adán, Enkidu)... La carne viva de los hombres, donde palpita lo inerte.

Latidos: vocabulario de flores marchitas.

El tiempo no es un medio ni una circunstancia para las ruinas: es una cualidad que les pertenece exactamente como su materialidad.

Aunque están hechas de tiempo neutro, las habita un sentido ancestral.

“Polvo enamorado”, las ruinas, y la carne hecha de barro, son puras.

6

Cuando una amenaza mortal pesa sobre la religión, el amor o la poesía de los hombres, su intimidad no vive ya en el tiempo sino a destiempo: aprisiona su fertilidad, como la espora; se petrifica, como las ruinas. Su encierro críptico y su soledad secreta, meticulosos y obsesivos, se hacen inexpugnables. Como sus templos, levantados por la oscura inspiración del barro y para ella, son el lugar de las exaltaciones clandestinas, del trance, la alucinación y el entusiasmo.

Lo que la religión, el amor y la poesía quieren preservar puro es la inspiración.

7

Desde su título, *Estados de coma* declara su encierro, su voluntad de sustracción y su urgente vocación por la pureza. Es una religión, una poesía y un amor bajo amenaza. La extraña inspiración que le da forma tiene dos rasgos característicos de las iglesias secretas: la tiranía de los rituales inamovibles, incommovibles, y el entusiasmo vehemente, inconfesable.

Lo que quieren preservar poemas como “Testamento” o “La iglesia del amor” teme ser expuesto al tiempo público, pero no evita revelarse a una intimidad (a *el mismo cómplice que llama oración al secreto*). Su intención es un imán alrededor del cual se ordena el libro. No son, quizá, los mejores poemas de la colección, pero son su intención más fuerte: “La iglesia del amor” es una doctrina perseguida (¿la misma “iglesia del amor” de los cátaros, de los puros?); en ella se oficia un extraño rito que acaso exagera las celebraciones gnósticas (¿el improbable ritual de la homodoxia?). Entre el rigor de sus formalidades, la afectación de sus misterios y su secreto impropio, se palpa la pureza material del tiempo, *semilla entre manos de cal*. Pero, ¿cuál es la amenaza y cuál la religión que quiere disolverla?

8

Guillermo Frese quiere una religión inspirada, un amor inspirado, una poesía inspirada. Desconfía del tiempo que inaugura esta frase de Baudelaire: "la inspiración es trabajo". Y, sin embargo, confía en la poesía de Baudelaire. ¿No brota, acaso, de una alta inspiración? *Las flores del mal*, ¿no son raros ejemplos de una belleza que es necesario ocultar?

Para Frese la poesía es el reino de la intimidad, no el del mundo público donde reinan las declaraciones de la inteligencia. Le parece que la poesía de un poeta contradice siempre a su poética y que esta ley se cumple matemáticamente: toda poética es una confesión, una traición.

9

La insistencia en *la íntima fragilidad humana* y en *una inconfesable indefensión* hace claro el repliegue de Frese en este siglo de profanaciones. La única fe de que hace profesión cabal es la inspiración. Esto le da un aire de retraimiento frente a los pronunciamientos meditados de la poesía moderna. Pero, en todo caso, no desprecia a los autores de su tiempo. Algunos le son entrañables. Sin duda Thomas Mann, Pavese, Camus, Wilde, Meyrink. Y no es difícil entender por qué: en ellos ama la hondura de la iluminación. Tampoco es difícil descubrir su admiración por autores de otro orden (Cioran, Bataille, Artaud, Breton): en ellos admira el rigor de la lucidez. Sin embargo, en el fondo hace una discriminación radical: las iluminaciones de los primeros son la semilla de inspiración que hay que preservar; la lucidez de los segundos es el rigor "político" de la iglesia que las preserva.

10

Desde cierto punto de vista, la fe es a la convicción lo que la religión es a la iglesia que la representa y la inspiración a la forma.

El debate público que enfrentó a santo Domingo con el Perfecto cátaro en Fanjeaux (cuya conclusión representó fra Angélico al pie de una coronación de la Virgen), recorrió el arduo camino que separa estos dos extremos. Luego de escuchar las digresiones de ambos

contendientes, el jurado que debía sentenciar sobre la verdad de las doctrinas decidió delegar su juicio en Dios. El libro canónico cántaro y la Biblia fueron arrojados al fuego. La Biblia flotó por encima de las llamas, pero la doctrina cántara se consumió en el fuego, como sucedería más tarde con muchos de sus fieles en Béziers, Cassés o Montségur.

¿Era legítimo invocar un juicio divino sobre la verdad o falsedad de las doctrinas cuando era claro que las evidencias se defendían según el dominio formal de los argumentos? ¿Era impertinente juzgar argumentos y no verdades? ¿O era impertinente juzgar las verdades sólo por los argumentos que las defendían? En cualquier caso los jueces, exhaustos, cambiaron las reglas del juego en el último momento. Invocaron el poder de un misterio divino para disolver la fuerza de los argumentos. Lo mismo hizo san Pedro ante Simón el Mago. Cuando éste último volaba por los aires demostrando a todas luces que era dueño de un poder que san Pedro ignoraba, el cristiano invocó a su Señor para que lo hiciera caer desde las alturas. El milagro contra la magia. ¿Era impertinente tratar de humillar a una doctrina por arte de magia? ¿No lo era, en cambio, hacerlo a través del milagro?

Los arrebatos de la pasión y los excesos de la forma: dos maneras de exageración que se reducen a una sola: el formalismo. Después de todo, se invoca el poder mecánico del cosmos o el poder inspirado de Dios, pero la invocación es siempre formal. Y aun podría pensarse que el último recurso de santo Domingo es el procedimiento fundamental de la inquisición: la verdad probada en el milagro de una vez por todas: la verdad indiscutible, milagrosa, la verdad formal, el dogma.

II

En cierto sentido, *Estados de coma* desprecia la forma o la descuida; en otro, la acentúa y la afecta. No confía del todo en la máxima que dice: "fondo es forma" y, sin embargo, no conoce la euforia extática fuera de los rituales. Oficia con puntualidad, es cierto, pero siempre para las divinidades del entusiasmo (Dionisos, Priapo). Cultiva el arrebato y la pasión con la despreocupación de quien prende fuego y abandona luego las cenizas sin dispersar: confía en que el rastro que así deja conduce a la iglesia —si es cierto que conduce a alguna parte— pero nunca a la revelación.

Las técnicas místicas sólo por azar llevan a la experiencia: la forma sólo por azar se identifica con el fondo. Al mismo tiempo, "también

se llega al cielo por la carne". ¿Qué religión es ésta que confía en dos verdades a la vez?

12

El templo donde Frese oficia sus misterios es el lugar donde coinciden los contrarios, donde se palpa el tiempo, los elementos se inspiran, se iluminan y se ensombrecen: la carne, *el oscuro sepulcro del (los) cuerpo(s)*, altar de las comuniones secretas, tierra donde *crecen nardos de salitre*. Sin embargo, por material que parezca, es un templo interior.

La coincidencia de los contrarios en la carne no resuelve nunca su enfrentamiento ni engendra una nueva verdad. Es una dialéctica como la de Heráclito, no como la de Hegel, y no opone nunca a los miembros de una pareja fértil: es amor estéril.

Las celebraciones carnales que glosa *Estados de coma* no cultivan la cristiana semilla de la reproducción y no prometen nada. Como las ruinas, offician a una pureza elemental, en la frontera entre lo humano y lo natural, o entre lo humano y lo divino, en un tiempo y en un espacio anteriores al pecado con que los hombres y las mujeres ganaron una tierra.

La religión de Guillermo Frese es la de un paraíso exacerbado, más conservado que recuperado, posible sólo en un mundo donde los sexos todavía no han sido arrancados uno del otro y la carne sigue siendo pura, inocente, inconsciente.

La pureza anterior a la caída es una comunión que es preciso ocultar. Ella es la semilla que hay que preservar en la profanidad de un tiempo donde el espíritu no es ya más que conciencia y tiranía. Pero, ¿ocultarla? Exactamente. Esta comunión es también una exclusión.

En el umbral del tiempo.

No se podía hablar de comunión
sino de expansión
porque todos respirábamos
una propia simpatía por la carne.

13

Conservar intacta la soberanía de la pureza, *el pacto de nuestras sangres*. ¿No es esta la vocación que gobernó el incesto de tantas

dinastías? Tocarse y no mezclarse, ¿no respira este principio al fondo de las extrañas prácticas gnósticas, al fondo de la borrosa tradición de la homodoxia?

La certeza de que toco me trunca.

El radicalismo de estas "religiones" de la pureza rechaza casi siempre el conocimiento por los frutos (porque sólo el amor que se guarda de la corrupción es verdadero amor) y hace voto de esterilidad. No quiere la perpetuación de los hombres sino la perpetuación de su verdad: renuncia a su propia fertilidad, no a la fertilidad de su pureza.

El oscuro dios de estas religiones es una belleza desalmada, pero su culto exige un alma grande. Más que confiar en la forma, sus fieles ciegamente la aman. Su radicalidad está puesta en ello; no creen en los argumentos de su fe heterodoxa: los aman.

Aclaran una culpa que atañe a los espejos.

14

Amamos aquello en lo que no podemos confiar (*Credo quia absurdum*, decía Tertuliano) y en ese amor depositamos nuestra intimidad, *con toda (su) indefensión y el resto*. Comprometemos en ello nuestra perdición, acaso porque no comprendemos que sepa amar quien no sabe morir. Como el amor-pasión, amamos lo imposible, y para amarlo discriminamos. ¿No es esto el enceguecimiento por la carne? ¿No es una intimidad apasionada por un cuerpo, más que por otra intimidad?

¿Qué más incendio que el de la rosa al fin carne?

De rodillas, sin vestido
comulgaste ahora con mi cuerpo
—sólo pan en sueños—
en esa tumba de escombros
que se me vuelven rezos.

15

Toda pasión verdadera es estéril. Para ella existe el cuerpo amado, pero difícilmente el cuerpo amante. Tal vez por eso en el libro de

Frese es el amante, y nunca el amado, quien está suspenso en los *estados de coma y divaga con los restos de la noche*.

El amante y el amado no se corresponden.

Es claro que en los poemas de Frese el espíritu ama a la carne, como la inspiración ama a la forma y la lucidez a las iluminaciones. Pero, ¿ama la carne al espíritu, la forma a su inspiración, las iluminaciones al rigor formal de la lucidez? No lo creo. Lo más que Frese espera del amor y la pasión es un estado de suspensión efímera y secreta, nunca una correspondencia, nunca una entereza que resista los embates del tiempo, la luz y la divulgación.

La pasión del espíritu no concibe: éste es el debate encarnado de una religión de esterilidad cuyo primer salmo podría decir:

Ay de aquel cuerpo hermoso que sucumbe ante su propio espíritu, porque sólo quien tiene cuerpo *a pesar* de su espíritu es hermoso.

16

Persistencia del espíritu incorruptible sobre la carne que se corrompe, la iglesia secreta de Guillermo Frese ama sólo extremos inconciliables: la carne incorruptible y el espíritu fértil. Sus rituales mejores y más extremos se celebran siempre en la cima más alta de esta tensión irresoluble. Su religión quiere conservar la intensidad apasionada de este enfrentamiento formal. Se aparta del mundo para alimentar su fuego más íntimo y secreto, como quien alimenta una bestia hermosa y desalmada.

México, julio 14/84